

**Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de primavera del 2007**

tema general: los creyentes

SUS SÍMBOLOS: EL TRIGO DE VIDA, LA BUENA

**Mensaje ocho semilla,
la sal de la tierra, la luz del mundo y los pescadores de hombres**

Lectura bíblica: Mt. 3:12; 13:38; 5:13-16; 4:16-20

I. Los creyentes están simbolizados por el trigo de vida, el cual será reunido en el granero del Señor—Mt. 3:11-12; 13:24-30, 38-42:

- A. Los creyentes como el trigo poseen la vida divina dentro de ellos; esta vida es Dios mismo disfrutado por el hombre—Sal. 36:7-9; Jn. 1:4; 10:10; 14:6; 6:63.
- B. Si deseamos que la vida de Cristo no encuentre ningún impedimento en nuestro ser, tenemos que experimentar el quebrantamiento de la cruz, es decir, la muerte aniquiladora de Cristo que se halla en el Espíritu todo-inclusivo; de tal modo que los obstáculos que mencionaremos a continuación puedan ser enfrentados y removidos:
 - 1. Ser un cristiano significa atender al Cristo vivo en nosotros, y no tener nada más que a Cristo como nuestro objetivo; el obstáculo para esto es que no conocemos el camino de la vida y no tomamos a Cristo como nuestra vida—Mt. 7:13-14; Fil. 3:8-14; Col. 3:4; Ro. 8:28-29.
 - 2. El segundo obstáculo es la hipocresía; la espiritualidad de una persona no está determinada por su apariencia externa, sino por la manera en que ella atiende a Cristo—Mt. 6:1-6; 15:7-8; Jn. 5:44; 12:42-43; cfr. Jos. 7:21.
 - 3. El tercer obstáculo es la rebeldía; es posible manifestarse como personas muy activas y devotas al hacer muchas cosas y, aún así, mantener prisionero dentro de nuestro ser al Cristo vivo y desobedecerle ignorándolo—Lv. 14:9, 14-18; 11:1-2, 46-47; Ro. 16:17; 1 Co. 15:33.
 - 4. El cuarto obstáculo es nuestras aptitudes naturales; si ellas no han sido quebrantadas, se convertirán en un problema para la vida de Cristo en nuestro ser—2:14-15; 3:12-17; Jud. 19-21.

II. Los creyentes están simbolizados por la buena semilla, ellos son los hijos del reino que el Señor sembró para que crezcan en Su reino—Mt. 13:24, 38:

- A. La semilla es la palabra de Dios (vs. 4, 19; Lc. 8:11), Cristo mismo (1 P. 1:23), sembrada en nuestro ser para hacer de nosotros la buena semilla, es decir, los hijos de la resurrección (Mt. 13:38; Lc. 20:36-38).
- B. La palabra de Dios es un grano de trigo que imparte a Dios mismo como vida a nuestro ser a fin de nutrirnos; además, la Palabra es fuego que incinera nuestro ser así como muchas de las cosas en las que confiamos; y la Palabra es un martillo que quebranta nuestro yo, nuestra vida natural, nuestra carne, nuestras concupiscencias y nuestros conceptos—Jer. 23:28-29.
- C. Por ser la buena semilla, tenemos que seguir al Señor cayendo en tierra y muriendo para llevar mucho fruto en resurrección; morir y experimentar la cruz es negarnos a nuestra vida del alma, nuestra vida natural, y rechazarla, a fin de vivir por la vida divina—Jn. 12:23-26, 31-32.

- D. La siembra de la buena semilla es morir como mártir pues “lo que tú siembras no se vivifica, si no muere” (1 Co. 15:36); es posible que seamos mártires en términos físicos, psicológicos o espirituales (2 Ti. 4:6; Mt. 16:25; 1 Co. 16:12; 2 Co. 2:12-14).
- E. El amor afectuoso de Cristo nos constriñe a vivir y morir para Él, lo cual hace de nosotros Sus mártires—2 Co. 5:14-15; Ro. 8:35-37; 14:7-9; Ap. 2:10; 12:11.
- F. La muerte de Jesús aplicada a nosotros por nuestro entorno coopera con el Espíritu que mora en nuestro ser a fin de que nuestro hombre natural sea muerto y la vida divina sea liberada—Ro. 8:2, 13; 2 Co. 4:10-13; Jer. 48:11.
- G. Todo nuestro servicio al Señor tiene que originarse en Dios y no en nosotros mismos; a medida que permitimos que la muerte de Cristo opere en nuestro ser, Su vida de resurrección podrá ser impartida a otros a través de nosotros—2 Co. 4:12-13; 1:8-9; 4:5; 10:13:
 1. David amaba a Dios, temía a Dios y cooperaba con Dios a fin de permitirle obrar; aún cuando él era capaz de edificar el templo de Dios, se detuvo cuando la palabra de Dios vino a él—2 S. 7:18, 25, 27; cfr. Lc. 1:38.
 2. Al detenerse, David estableció un testimonio doble en el universo: primero, toda obra en este universo debe proceder de Dios, no del hombre; y segundo, lo único que importa es lo que Dios hace por el hombre, no lo que el hombre haga para Dios.
 3. Tanto la persona que edificó el templo como el sitio donde este se construyó fueron producto de que David fuese perdonado de sus pecados, es decir, de lo que Dios hizo por David—2 S. 12:24-25; 24:1-10, 18-25; 1 Cr. 21:18; 2 Cr. 3:1; Sal. 51.
 4. La hermana M. E. Barber dijo: “Si alguien no puede detener su trabajo por causa de Dios, tampoco podrá trabajar para Él”.

III. Los creyentes son la sal de la tierra, es decir, los que aniquilan y eliminan los gérmenes de corrupción y podredumbre que hay en la tierra—Mt. 5:13; cfr. Lv. 2:13:

- A. La mujer de Lot se convirtió en una columna de sal y dejó de ejercer su función de salar, debido a que se detuvo a mirar atrás al dejar Sodoma, lo cual indica que ella sentía gran amor y estima por el mundo maligno que Dios iba a destruir—Gn. 19:15, 24-26; Lc. 17:32.
- B. Si nuestra principal ocupación ha de ser seguir al Señor, tenemos que dedicarnos a ello dando todo cuanto tengamos y todo cuanto podamos hacer; de otro modo, seremos un fracaso, pues nos convertiremos en sal insípida y seremos echados de la esfera gloriosa a una esfera de vergüenza—14:31-35; cfr. Ap. 3:21; Jn. 16:33.
- C. No debemos sentirnos desilusionados ni desanimados, sino fortalecidos y capacitados para vivir la economía divina por medio del Dios Triuno procesado y consumado como nuestra gracia que todo lo provee—1 Co. 15:10; 2 Co. 12:9; 2 Ti. 4:22; Col. 4:6.

IV. Los creyentes son la luz del mundo, aquellos que dejan que su luz resplandezca sobre los hombres para disipar la oscuridad del mundo—Mt. 5:14-16; Ef. 5:8:

- A. La luz es la presencia de Dios; debido a que nacimos de Dios, ahora somos luz en el Señor y tenemos que andar como hijos de luz—1 Jn. 1:5; Ef. 5:8-9.
- B. La manera en que somos salvos de la obsesión, o sea, de engañarnos a nosotros mismos, es por medio de vivir en la luz estando abiertos al resplandor de Dios y no generando nuestra propia luz—Sal. 36:8-9; 80:17-19; 139:23-24; 1 Jn. 1:5, 7, 9; Is. 2:5; 50:10-11:
 1. El síntoma propio de una persona obsesionada es que lo que ella piensa y hace está completamente equivocado, sin embargo ella piensa y cree que es completamente correcto—Mt. 6:22-23; Is. 5:20.

2. Haber pecado implica haberse contaminado; pero pecar creyendo que uno no ha pecado y justificarlo, implica estar en tinieblas—1 Jn. 1:8, 10
 3. Los motivos por los cuales se produce la obsesión, o el hecho de que uno se engañe a sí mismo, son: amar las tinieblas antes que la luz (Jn. 3:19-20); el orgullo (Abd. 3); no recibir el amor de la verdad (2 Ts. 2:10-11; Pr. 23:23), y no buscar la gloria que viene del Dios único (Jn. 5:44).
- C. La vida procede del resplandor de la luz, la luz está en la palabra de Dios, y la luz es el sentir de la vida divina en nuestro interior—2 Co. 4:6; Sal. 119:105, 130; Is. 66:2; Jn. 8:12; Ro. 8:6, 14.
- D. “La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es sencillo, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor”—Lc. 11:34-36.

V. Los creyentes son pescadores de hombres—Mt. 4:16-20:

- A. Ser un pescador de hombres es sacar a las personas del mundo, representado por el mar con sus aguas de muerte, e introducir las en el reino de los cielos—Lc. 5:10.
- B. La manera de sacar a las personas del mundo e introducir las en el reino de los cielos es por medio de predicar el evangelio del reino, el evangelio de la salvación completa que Dios efectúa, a toda la tierra habitada—Mt. 24:14; Lc. 4:18-19; Ef. 3:8-9.